

de darnos la satisfacción de hablar un rato de asunto tan genuinamente murciano; el más murciano, porque nuestra Catedral resume, quién lo duda? toda la historia, toda el alma colectiva de Murcia. Diamante cristalino labrado en cien facetas, que absorben la luz para refulgírla en mil irisaciones, cada faceta suscita el recuerdo de una gloria murciana, nimbándolo brillantemente. Nuestros escritores y poetas, nuestros políticos, nuestros guerreros famosos, nuestros artistas, nuestros nobles, nuestros gremios, nuestros prelados memorables: Almela, Saavedra Pajardo, Cascales, Roda, Polo de Medina, Villacis, D. López de Rivas, los Vélez, Trejo, Salzillo, el Cardenal de Belluga, el Conde de Floridablanca... en la Catedral, por un motivo u otro se nos vienen a la memoria con generosa simpatía.

Y la Torre principalmente, ¿no es el símbolo, la personificación de la Murcia de nuestros amores?... Yo he nacido a sus pies y quiero morir a su sombra. ¡La sombra de la Torre...! Ella hace que los murcianos seamos poco cosmopolitas: en cuanto nos alejamos algún tiempo de aquí, su sombra está tirando de nosotros y al cabo nos atrae.

Su sombra tiene, sin duda *buena sombra*. Si a ella no se le deben este cielo, este suelo y este entresuelo tan hermosos, por lo menos, a los mismos responde ella, como responde a la herencia fisiológica de la sangre y del medio ambiente el hijo selecto de una raza.

Marín Baldo, el original artista del laureado Monumento a Colón, me contaba una vez cierta leyenda que tenía ideada, del *Espíritu de la Torre*.

Yo pensé y pienso que el espíritu de la Torre no es otro que el de Murcia; que el espíritu de Murcia y su carne están personificados en ese ingente monumento, erguido para dominar, por encima de la población, este paraíso del Valle del Segura.

Siempre que yo de estudiante (y de Catedrático)

